

BIBLIOTECA NACIONAL



0339987

Anta- 11(967-9)



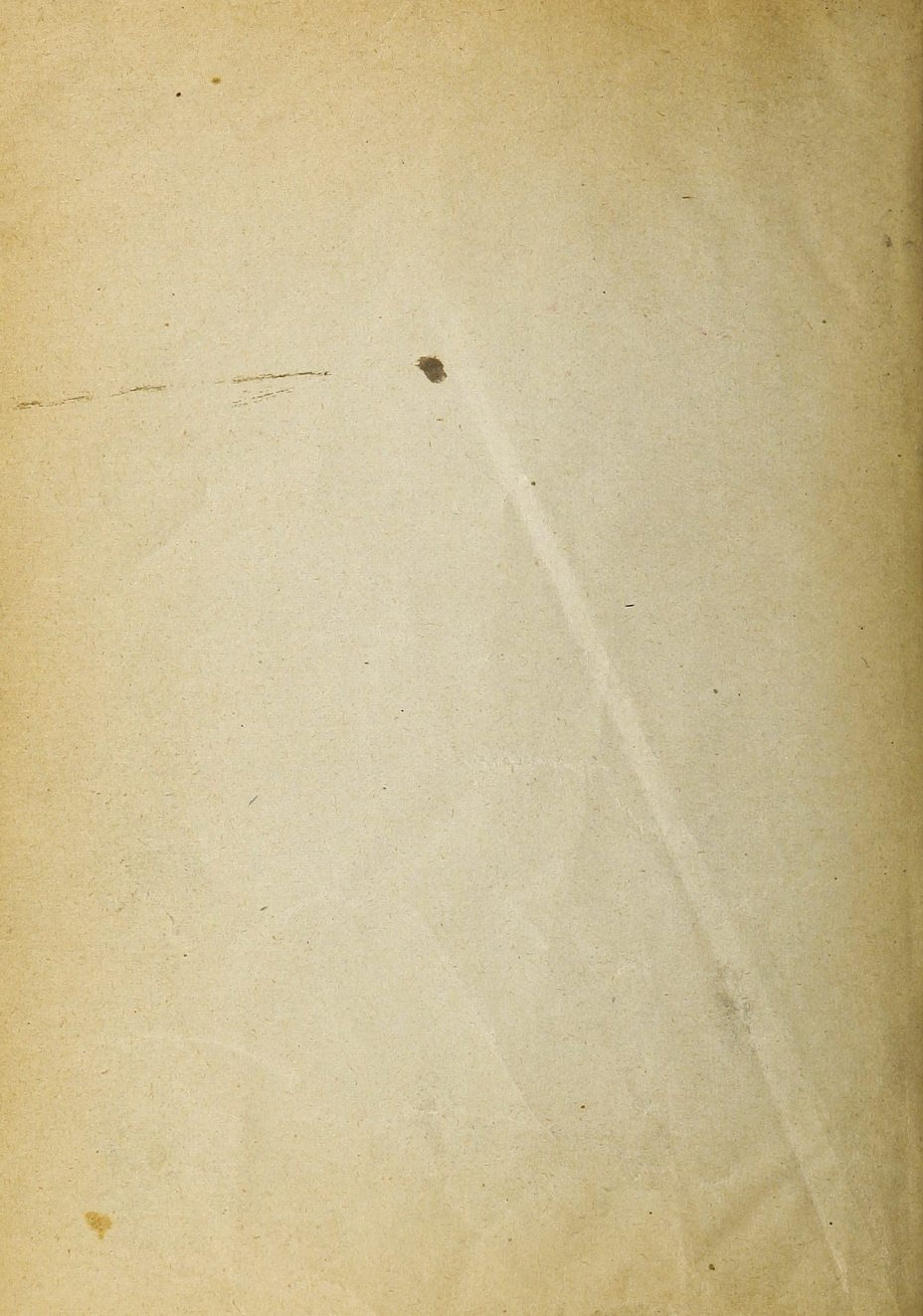
BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

Volúmenes de esta obra	1
Sala en que se encuentra	9
Tabla en que se halla	309
Orden que en ella tiene	13

Volu
Tabla
Orde

9(309-13)

211



SAMUEL A. LILLO

Chile Heroico



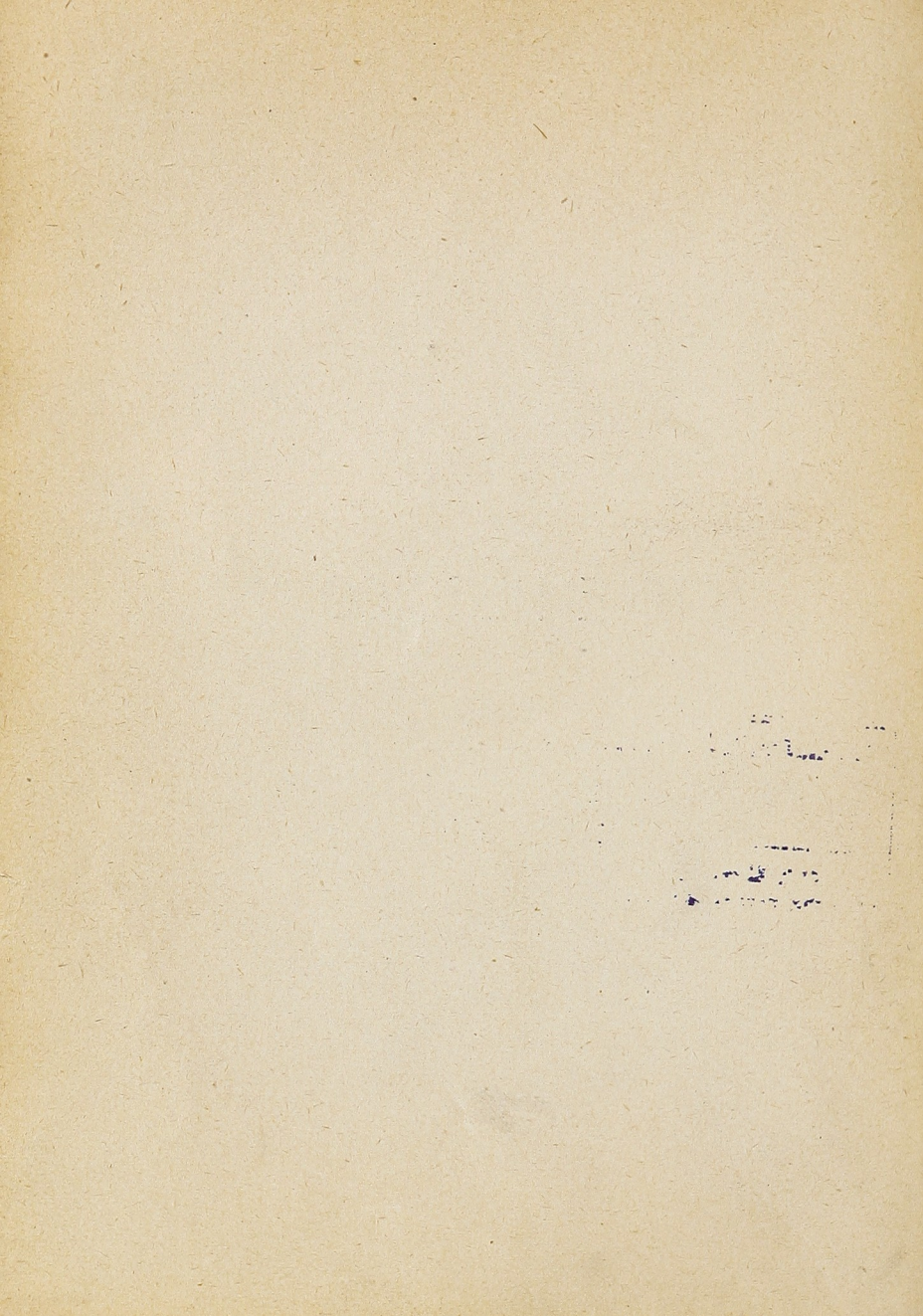
341-2

*al inspirado poeta
Samuel Lillo
Biblioteca Nacional de Chile*





CHILE HEROICO



CHILE HEROICO

POR

SAMUEL A. LILLO

(Poesías premiadas en los certámenes del Consejo Superior de Letras i del Círculo Naval de Valparaíso)



341-2

SANTIAGO DE CHILE

Imprenta, Litografía i Encuad. "Barcelona"

Calle Moneda esquina San Antonio

1911

ÍNDICE

	Páginas
Michimalonco	9
Lautaro.....	15
Caupolican	19
Ercilla.....	25
Carrera.....	29
Rancagua.....	35
La Montonera.....	41
Conspiradores.....	51
El Paso de los Andes.....	57
Chacabuco.....	67
Freire.....	75
La Primera Hazaña.....	83
Blanco Encalada.....	89
Los Halcones.....	95
Cochrane	99
Valdivia	105
La Esmeralda.....	113

OBRAS DEL AUTOR

Poesías.—I volúmen. 1900. Agotada.

Antes i Hoi.—Poema. 1905. Agotada.

Canciones de Arauco.—1908. I volúmen, 3.^a edición.



MICHIMALONCO

MICHIMALONCO

Liviano como un jaguar
I fornido como un tronco,
Astuto, bravo i sagaz,
Reinaba Michimalonco
De Aconcagua al Cachapoal.

Su lanza fué la primera
Que se opuso al invasor
I, como trompa guerrera,
Sonó por la tierra entera
Su grito de rebelion.

I comenzó con su hazaña
La lid, que siglos duró,
Por esta tierra que huraña
Costó mas sangre a la España
Que el mundo que conquistó.

Pensativo, en sus breñales,
Cuántas veces contempló
Los guerreros inmortales
Sobre bestias colosales
Que hasta entónces nunca vió.

I al saltar en la espesura
Como ágil gato montés,
¡Con qué gozo en la armadura
Del caído vió la oscura,
Bullente sangre correr!

I ante el guerrero tendido,
Exangüe sobre el jaral,
Supo el bárbaro atrevido
Que aquel semidios temido
Como ellos era mortal.

Llamó entónces a sus fieros
Mocetones a pelear,
I enseñóles los certeros
Golpes que a los caballeros
Por tierra hicieron rodar.

Noche negra o luna llena,
De Santiago a La Serena,
Siempre en incesante afan,
Se escuchaba la colmena
De su indiada revolar.

Veinte veces fué vencido
I otras tantas se le vió
Levantarse mas erguido,
Como un cóndor no rendido
Al viento que le tumbó.

Al fin su hueste diezmada,
Su vieja ruca incendiada,
Sin vasallos, sin hogar,
Por la hirviente marejada
Tambien se dejó llevar.

Pero no pudo siquiera
Sucumbir a su dolor:
Matáronle por temor
De que algun día volviera
Su aguda trompa guerrera
A despertar al leon.

LAUTARO

LAUTARO

Junto al muro del fuerte caído,
Ha empezado de nuevo la lid
En que luchan los hijos de Arauco
Con los hijos heroicos del Cid.

Llena el aire el feroz chivateo,
De las armas el ronco fragor,
Trompetazos, carreras, relinchos,
Polvaredas que cubren el sol.

Derrotadas las índicas tropas,
Por los campos dispersas se van,
I los bravos jinetes de España
La embestida postrera ya dan.

Mas de pronto, blandiendo su maza,
Un muchacho gallardo i viril
Ha saltado resuelto a la arena,
Como un nuevo i heroico David.

Es Lautaro; su brazo ciclópeo
Ha logrado parar un corcel
I, despues de tumbar su jinete,
Como un puma, ha saltado sobre él.

Vense al golpe fatal de su clava
Armaduras i cascos saltar,
I las hondas quebradas retumban
Con los gritos de triunfo que da.

Pronto cambia en victoria la fuga,
I los toquis triunfantes se van,
Anunciando por toda la tierra
Que ha nacido de Arauco el titan.

CAUPOLICAN

CAUPOLICAN

Por su heroica valentía
I el esfuerzo de su brazo,
Fué designado gran toqui
De los caciques de Arauco.
Dió comienzo a sus hazañas
Junto con Rengo i Lautaro,
Dando la muerte a Valdivia
De Tucapel en los campos.
Despues destruyó ciudades
I fortalezas i osado
Dió cien batallas campales
Contra tercios veteranos,
Que tenian a su frente
Capitanes adiestrados
En las campañas de Flándes
De Cortés o de Pizarro.

Testigos de sus proezas
Fueron Concepcion i Quiapo,
Cayucupil i Cañete
I las montañas de Arauco.
No dieron por sus quebradas
Los españoles ni un paso
Que con la sangre invasora
No fuera tambien marcado.
Ora en un desfiladero,
O sobre el abierto llano,
Surjia el toqui de súbito
Enfrente a los castellanos.
I al verlo un dia, soberbio,
Cubierto de rojo manto,
Con su brillante armadura,
Montado en un potro blanco,
Creyeron los caballeros
Ver un antiguo cruzado
Que llevaba sus mesnadas
De algun castillo al asalto.
Impetuoso, poseia
Los arranques de entusiasmo
De los viejos paladines
Siempre corteses i bravos

¡Cuántas veces, cara a cara,
Su gruesa lanza empuñando,
A batirse, por sus nombres
Desafió á los mas osados!
I despues de una derrota,
Se le vió desesperado
Provocar a don García
Allí sobre el mismo campo!

Mas eclipsóse su estrella,
La traicion ató sus manos,
I, entregado sin defensa,
Fué vilmente ejecutado
En un cadalso afrentoso
Por órden de un jefe hispano
Que, por eso, mereciera
No ser español ni hidalgo.

ERCILLA

ERCILLA

Valiente i humano, jentil, denodado,
A un tiempo en Arauco poeta i soldado:
Su diestra empuñaba la espada tajante
Al par que escribia su canto jigante,
En donde surjian heroicos i grandes
Luchando dos pueblos al pié de los Andes.

Aquí donde todos los campeones fieros
Tan solo encontraron salvajes guerreros,
Su homérica musa, por estos confines
Remotos, hallóse con cien paladines,
Con ojos de artista contempló su hazaña
I admiró la fuerza potente i estraña
Que hacia del alma de cada araucano
Un héroe i un mártir, un leon i un hermano.

Fué el primer poeta que habló de estos suelos,
El rapsoda ilustre de nuestros abuelos,
I no en las historias, sino que en su caro
Poema aprendimos a amar a Lautaro,
Al sabio i prudente toquí Colocolo,
A Caupolican, el jefe a quien solo
Igualar podria, por fuerte i entero,
El héroe mas grande que ha cantado Homero.

Sobre sus rapsodias el tiempo ha pasado,
Como agua que corre sobre algun rodado
I limpia sus faces del polvo grosero,
Dejando a la vista su rico venero.

El es nuestro vate, su heroico poema
Es hoi de nosotros orgullo i emblema,
Sus versos enlazan con sus ritmos vivos
De nuestras dos razas los hijos altivos
Que, en nombre del bardo, se tienden las manos
Por sobre los montes i los oceanos,

CARRERA

CARRERA

Levántate ¡oh! patria, i mira
Quién es el héroe que espira
De esas montañas al pié,
Sobre un cadalso, afrentado
Como un siniestro malvado
Puesto fuera de la lei.

Es tu caudillo glorioso
Que audaz, altivo i hermoso,
Hasta tus playas llegó,
Cuando en montes i riberas
Estallaron las primeras
Chispas de tu rebelion.

Contéplalo, que es el mismo
De cuyo gran patriotismo
Surjiste como nacion,
El que te dió por entero
Su espada de caballero,
Cuanto tuvo i cuanto amó.

Aquél que la patria vieja,
Desde Osorio hasta Pareja,
Llenó con su batallar,
El que fué heroico soldado,
Si no siempre afortunado,
Vil i cobarde, jamas.

El que cambió con su espada
Heroicamente ganada
Al otro lado del mar,
Tu mezquino camizon
De siervo, por el ropon
Amplio de la libertad.

El que tus bravas lejiones
Al fuego de los cañones
Llevó por primera vez.
I en Chillan i Yerbas Buenas
Arrastró por las melenas
Al leon de España a tus piés.

No tuviste otro caudillo
¡Oh! patria, de tanto brillo
Ni otro pecho mas viril.
Ni sostuvo tu bandera
Victoriosa i altanera
Mas bizarro paladin.

I hoi, que ha limpiado la historia
De toda sombra su gloria,
Nos parece un semidios,
Cuya brillante figura,
Rasgando la niebla oscura,
Sube triunfante hácia el sol.

RANCAGUA

RANCAGUA

En la humareda, rojo el sol brilla,
Por todas partes arde la villa,
Como la antorcha de un funeral;
Suenan los truenos de los cañones,
Disparos, gritos, imprecaciones,
De los caballos el galopar.

Por entre el humo que la rodea,
Una bandera negra flamea
Sobre la torre de la Merced:
Es la protesta de aquel puñado
De jente brava que se ha jurado
De las trincheras morir al pié.

De calle en calle, reanimando
La jente escasa que va quedando,
Al bravo O'Higgins pasar se ve,
Con la casaca desabrochada,
Al aire en alto la invicta espada
A la carrera de su corcel.

Aun cuando algunos son veteranos,
Son sus soldados pobres aldeanos
Que el amor patrio solo arrastró;
Mas tiene el alma de esos labriegos
Todas las iras, todos los fuegos
En que arde el pecho de un campeon.

Unas tras otras, gruesas hileras
De asaltadores en las trincheras
Chocan i vuelven ruiendo atras,
Como deshechas las marejadas
En espumantes, rotas oleadas,
Desde las rocas, caen al mar.

Hai ya cañones sin artilleros,
Los reemplazaron los fusileros
I muertos todos juntos están,
I en el reducto mudo i desierto,
Hasta las manos de los que han muerto
Aún parecen amenazar.

Cesan los fuegos, i los tambores
Con sus redobles los defensores
Hácia la plaza llamando están.
En sus caballos veloces montan
I, como leones, raudos se aprontan
Para la carga que van a dar.

Al frente de ellos, altivo i fiero,
Blandiendo al aire su ardiente acero,
El gran caudillo da la señal:
Tiembla la tierra, brillan los sables
I a la carrera, los formidables
Centauros saltan al campo real.

La jente hispana muda i suspensa
Queda un instante, viendo la inmensa
I heroica hazaña del escuadron;
Mas tambien se alza, cual la jauría
Que se ha encojido por la bravía
Arremetida que diera el leon.

Pero es en vano, que los jinetes
Con su caudillo son como arietes
Que las hileras rompiendo van;
I con la fuerza de sus bridones,
Salvan los fosos i los cañones
I se abre ante ellos la libertad.

LA MONTONERA

LA MONTONERA

Al costado de la abierta carretera
I al abrigo del sauzal,
Está junta la atrevida montonera,
Esperando al capitán.

Su conjunto abigarrado,
Pintoresco i variado
Aparece a los postreros resplandores
Que da el sol,
Como nota fuerte i clara
Que alegrara
De los campos el monótono verdor.

Allí están ya los cuarenta reunidos
Con sus mantas de colores encendidos,
Sus monturas de pellon,
Con sus cónicos bonetes
De maulinos, sus machetes
I su altivo caballejo corredor.

Nadie sabe donde tiene su morada,
Ni por donde ha de venir
El caudillo, cuya voz es la llamada
Que resuena por los campos,
Como el eco de un clarin.

Al nombrarlo, se reaniman las miradas
I, entre alegres humoradas,
Se oye a muchos referir
Sus milagros, sus proezas,
Sus viriles enterezas,
Su patriótico entusiasmo juvenil.

Cuenta alguno sus estrañas
Seduciones i ardorosas simpatías,
Como aún los desconfiados campesinos,
Escuchando sus hazañas
Se olvidaban de la paz de sus montañas,
Descendian a los llanos en tropel
I enrolados en sus raras, peligrosas correrías
Se batian, como leones, junto a él.

Otros cuentan sus astucias en la guerra
Que han corrido por la tierra
Con su nombre popular,
De sus dichos la agudeza
Siempre a tiempo, su destreza
En la daga i el puñal.

Mas de pronto se estremece
I suspende su relato el narrador:
Ya Rodriguez aparece
Caballero sobre un negro braceador.

Al mirarlo, en los estribos enderézanse los mozos
I, entre gritos i alborozos,
Clavan todos las espuelas a la vez,
Parten raudos con sus mantas de colores
A los vientos, i detienen sus caballos corredores
A los piés de su corcel.

Cariñoso i sonriente,
Habla el jefe con el grupo de su jente
Que lo aclama sin cesar.
¡Qué orgullosos han quedado algunos hombres
Cuando han visto que sus nombres
O sus rústicos apodos aun recuerda el capitan!

A una seña callan todos; vehemente
Habla el jefe i a su voz,
La guerrilla, revolviéndose impaciente,
Casi afloja ya la rienda del bridon.
Entre tanto se destaca solitario
A traves de los follajes, el vetusto campanario
Que domina la ciudad,
I parece que la abierta carretera
De los álamos sombreada por la hilera,
Los caballos invitara a galopar.

A la órden de alistarse, van alegres i lijeros
Los muchachos a llenar con los guijarros
Del riachuelo los bolsones de los cueros,
Que, al rodar por los caminos,
Rebotando imitarán
De los ásperos cañones o los carros
El sonoro trepidar.

Otros cortan grandes ramas de canelo
Que, arrastradas por el suelo,
Con su enorme polvareda, han de ocultar
A los ojos del vijía
La escasez de la bravía
Montonera que la villa va a asaltar.

Galopando por las calles, un labriego,
Como heraldo de desgracias, va anunciando
Con sus gritos, al pasar,
Que se acerca a sangre i fuego
De las tropas de los Andes el temido vendaval.

Miéntras tanto que se escapan de carrera
Por la opuesta carretera
Los soldados de Marcó,
Va llegando a rienda suelta,
Temeraria i desenvuelta,
La partida del heroico asaltador.

Tiembla el suelo, los vecinos
Chapetones,
Refujiados en sus últimos rincones,
Oyen como por las calles i caminos
Van rodando estrepitosos los cañones;
Con qué miedo están oyendo desfilar,
Por delante de sus casas temerosas i cerradas,
Las compactas galopadas
Que golpean sobre el duro pedregal.

La guerrilla
Triunfadora está en la plaza de la villa,
Celebrando la victoria i el botin:
Sus amigos, los criollos, la rodean;
Las banderas de la patria vieja ondean;
Suenan gritos, cantos, vivas i disparos de fusil.

Repartido ya el caudal
En la banda de sus fieles,
Montan todos sus corceles
I en su verba pintoresca los arenga el capitan.

Le responde el estallido resonante
De cien hurras a la patria i al instante
Vuelve riendas la gallarda montonera:
Su galope sonoro
Va dejando por el aire silencioso
De la noche como el eco de un lejano redoblar.
Desemboca en la desierta carretera
I, cumplida ya la hazaña
De su arrojo sin igual,
Se dispersa por los campos
A esperar en su montaña
Otra vez de su caudillo la patriótica señal.

CONSPIRADORES

CONSPIRADORES

Hácia el cielo claro,
Las horcas levantan
Sus brazos siniestros,
Como una amenaza.
La jente que llega,
Ceñuda i callada,
Con sus olas vivas
Invade la plaza.
De la vieja cárcel
Abrese la entrada,
I salen los reos,
Trayendo a la espalda,
Como los bandidos,
Las manos atadas,
Entre su cortejo
De frailes i guardias.

A su vista, un sordo
Clamoreo se alza
I los talaveras
A golpes rechazan
Al pueblo, que pugna
Por mirar las pálidas
Caras de los héroes
Que al suplicio marchan.

Soldado aguerrido
De la patria vieja,
Traslaviña, el jóven,
Va en la delantera.
Lleva alta la frente:
Sabe que hoi le acepta
La patria su vida
Que ántes le ofreciera
Entre la metralla
De las lides cruentas
De Rancagua, el Roble,
Quilo i Yervas Buenas.
I junto a Salinas,
La figura se alza
Del maestro Hernández

De la quillotana
Tierra, que fecunda
El raudó Aconcagua.
Anima sus ojos
La fúljida llama
Por la cual su rústica
Escuela dejara.
¡Oh! llama divina,
¡Oh! amor de la patria,
Por ti ha preferido
Al libro la espada.
I en vez de ser guía.
De pequeñas almas,
El buscó las rudas
Guerrillas armadas
Que el espacio abrieran
A las libres águilas
Que estaban ya listas
Tras de la montaña.

Como el montonero
Audaz de Colchagua,
Predicó en los campos
La santa cruzada;

Mas, como él, no tuvo
Ni suerte, ni audacia;
No pudo, por tanto,
Concluir la jornada.

Los cuerpos inertes
De las horcas cuelgan
I en las retorcidas
Cuerdas bambolean.
Poco a poco, inmóviles
Bajo el sol se quedan
Con las faces lívidas,
A los Andes vueltas;
Como si sus turbios
Ojos ver pudieran
A los redentores
Bajar por la sierra.
Talvez en sus muertos
Oidos resuenan
Pasos de corceles,
Clarines de guerra.

EL PASO DE LOS ANDES

EL PASO DE LOS ANDES

Son los nuevos Prometeos,
Los halcones redentores que, en gigantes aleteos,
Van cruzando los parajes
Mas abruptos i salvajes
En que el hombre ha puesto el pié,
Donde se alzan cien peñascos colosales,
Como altísimos alcázares feudales
Que no han visto nunca a nadie en su dintel.

Marcha el jefe junto a ellos;
Con los rápidos destellos
De su vista penetrante,
Va sondeando la espantable soledad,

Como un práctico piloto vijilante
Que guiara su navío
Sobre el piélagó sombrío
De la azul inmensidad.

Unas veces, su figura
Azotada por los cierzos de la altura,
Aparece, a la vislumbre
De la luz crepuscular,
Como el jenio de la cumbre
Que deshace las nevascas i domina el temporal.

Lleva en su alma de vastísimo horizonte
Los recursos de un Ulíses, del prudente Jenofonte
La constante prevision,
La entereza i la hidalguía,
La serena valentía
De los héroes de Platea i Maraton.

Es su pecho inaccesible
Como el agrio peñascal;
Tiene sed de lo imposible
Su indomable voluntad;

I, buscando de la patria la salud,
Nunca ceja, siempre avanza
I por sobre los obstáculos se lanza
Con la fuerza incontrastable de un alud.

El conduce a los titanes,
Orillando el pedestal de los volcanes
Que parecen esperar,
Bajo el peso de la nieve abrumadora,
La llegada de la hora
De su nuevo i formidable despertar.

Ya los lleva por el flanco
De algun lóbrego barranco,
Desde cuyo inmenso fondo,
Tan oscuro como hondo,
Sube el áspero rumor
De un torrente desatado
Que, hace siglos, ha cavado
Su vivienda en el peñon.

Ora salvan las heridas de los viejos cataclismos,
Donde duermen los abismos
Bajo el manto de la gran niveladora
Que convida con su blanca superficie brilladora,

Como un límpido cristal;
Las alturas donde rujen los ventiscos
En los flancos de los riscos,
Donde caen balanceándose calladas,
Como plumas a los vientos, las nevadas
I, azotando los peñascos
Con el rítmico golpear
De tambores i de cascos,
Se descargan las nubadas del sonoro granizal.

Allí, a veces en los días
Del otoño, las neblinas inquietantes i sombrías
Van subiendo desde el hondo barrancal;
La invasion primero ondea
En las faldas, luego cámbiase en fantástica marea
Que no canta i que no ruje,
Pero a cuyo misterioso i mudo empuje,
La montaña se convierte en vasto mar,
Donde emerjen entre pálidas vislumbres,
Como islotes solitarios,
Los picachos de las cumbres
Que las olas de las nieblas
No han podido sepultar.

I los cóndores inquietos se detienen
Por las tardes, al volver a su nidal,
Atisbando las falanjes que ya vienen
A dormir en su vivac.
Luego quieren los señores de la sierra
Con graznidos
De amenaza, en son de guerra,
Los santuarios de sus nidos
Defender
De las huestes invasoras,
Que han venido con sus armas triunfadoras
El silencio de sus peñas a romper.

I al sonar por las mañanas
Las tocatas sonoras de las dianas,
Las bandadas sorprendidas
Con las alas estendidas
Con el ojo desconfiado i avizor,
Se levantan a mirar desde la altura
La delgada i ondulante línea oscura
Que, al bordear los precipicios,
Va trazando la lejon.

Ha tocado la jornada ya a su fin:
El sol baña
La montaña
Con sus tintas de rubí;
En la falda de un picacho pedregoso,
Pensativo i silencioso,
Ve el desfile de sus héroes San Martín.

¡Cuán grandioso el panorama!
Allá abajo entre la bruma se derrama
Sobre el verde de los campos
El dorado de la mies,
En las faldas el brillar de bayonetas,
El sonar de los tambores i cornetas,
De las bestias i los carros el tropel.

El contempla su bandera:
Es la misma que, al dejar la cordillera,
Bajo un cielo limpio, azul,
En la próxima jornada
Será en triunfo acariciada
Por las ráfagas del sur.

Esos mismos son sus bravos
Que, en seguida de librar a los esclavos
De esta patria sobre el campo de Maipú,
En un día ya cercano
Los abismos del oceano,
Como rápidos alciones, cruzarán
I el sillón de los virreyes
Con las rudas embestidas de sus greyes
Ante América suspensa volcarán.

I mirando tras de sí
La salvaje cordillera que teñía
Todavía
El sol ántes de morir,
Comprendiendo la ciclópica grandeza
De la empresa
Que su espíritu jigante acometió,
En su fria
Vista de águila, enigmática i sombría,
Un relámpago de orgullo apareció;
I a llenar el alto fin de su mision con sus lejiones,
Aquel gran libertador de tres naciones
La montaña ya vencida abandonó.



CHACABUCO

CHACABUCO

La mañana alegre está;
Parece que con su lumbré
El sol, que besa la cumbre,
Quisiera también guiar
Hacia al campo de la lid,
En su marcha triunfadora,
La hueste libertadora,
De O'Higgins i San Martín.
Como un deshecho turbión,
Descienden amenazantes
Las hileras ondulantes
De bayonetas al sol.
I unos, tras otros, se ven
Avanzar los batallones,
Los piafadores bridones
En bullicioso tropel.

Sobre altivo trotador,
Baja el primero adelante
Un caudillo que arrogante
Alza el sable vengador;
Es O'Higgins el titan
De la plaza de Rancagua
Que en los campos de Aconcagua
Su desquiste va a buscar.
Brilla en su vista el fulgor
De sus cóleras bravías
Que han dado a la patria dias
De tanta gloria i honor.
I al mirarlo descender
Por las abruptas laderas,
Ya saben los talaveras
Que es el caudillo que ayer
Con los ímpetus de un leon
Que baja de la montaña,
Entre las tropas de España
Un ancho paso se abrió.
Al ver el héroe otra vez
La hispana bandera alzada,
Recordó aquella enlutada
Bandera de la Merced,

Que tantas horas ondeó
En esa jornada cruenta
En que, gloriosa i sangrienta,
La Patria Vieja se hundió.
I olvidando en su embriaguez
La órden del jeneral,
Tan solo pensó en vengar
Aquel heroico reves.
I cual hambriento jaguar
Que se detiene un momento
Para con nuevo ardimiento
Sobre algun potro saltar,
Allí sus huestes paró,
I, chispeándole sus vivos
Ojos, de pié en los estribos,
Con voz récia les gritó:
«Vamos la patria a librar
De nuevas glorias cubiertos,
I de Rancagua los muertos
En sangre goda a vengar».
Un grito inmenso se oyó,
Redoblaron los tambores
I sobre los opresores
La columna se lanzó.



Aguardan, viviendo al rei,
I ardiendo tambien en saña,
Los bravos hijos de España
El choque de nuestra grei,
Que, como enorme peñon
Que rebota en la muralla,
Se estrella en la inmoble valla
Que opone el cuadro español.
I frente a frente, allí están
Unos firmes i serenos
I, otros de coraje lleños,
Dando cargas sin cesar.
Mas luego llegar se ve,
Como una gigante ola,
El escuadron de Zapiola
Que hace el suelo estremecer.
Nadie consigue atajar
Los jinetes formidables
I, a los golpes de sus sables,
El cuadro vacila ya.
Habla el héroe i al oír
La tropa su voz de aliento,
Cobrando nuevo ardimiento,
Vuelve otra vez a embestir.

I ante tanta intrepidez,
El murallon de Maroto
Queda al fin abierto i roto
Por cien partes a la vez.
I miéntras que huyendo va
De la muerte i del estrago,
Dispersa, rumbo a Santiago,
La hueste peninsular.
A los piés de aquel cordon
De negros cerros ganados
Con sangre de sus soldados
I bajo el fuego que el sol
Arroja desde el cenit,
Se abrazan los vencedores
Al sonar de los tambores
I a los toques del clarin.

FREIRE

FREIRE

Cadete niño de la patria vieja,
Peleó contra Pareja
En el Roble con ínclito valor;
I al salir de Rancagua, sable en mano,
Ganó con su heroísmo sobrehumano
La fama de un campeon.

Cuántas veces, mandando sus dragones
Tan bravos i resueltos como él,
Dispersó los iberos escuadrones
Como revuelve el vendaval la mies.

Combatió con Ordóñez, el hispano
Denodado i audaz,
I fué un héroe en el Chepe i Talcahuano,
Un centauro en San Pedro i Gavilan.

Despues de aquella amarga noche triste
Que de la patria nueva las banderas
Enlutara otra vez,
Las deshechas hileras
Cubrió en la retirada
Con la pronta destreza de su espada
I el raudó galopar de su corcel.

Cuando sonó la hora,
El i Bueras su hueste vengadora
Juntaron, i, cual Cides formidables,
Lanzaron al asalto sus bridones
I abrieron con el filo de sus sables
En Maipo los hispanos batallones.

Renovó las homéricas hazañas
De los conquistadores,
Trepando por las ásperas montañas
O cruzando los ríos sonadores.

Subió por la pendiente
Enlodada i fragosa
Del alto Villagran,
I atravesó una noche tormentosa
Del Carampangue el túrbido raudal,
I, arrollando las fuerzas enemigas,
Lleno de lodo i sangre i de fatigas,
En el Arauco legendario entró.

Fué dueño de la selva araucana
Inabordable i brava
I en tanto a su poder la sujetaba,
¡Cuántas veces sintió por las laderas,
Como arrancan las bestias de los leones,
Escapar las feroces montoneras,
Al sentir galopar sus escuadrones!

Unos tras otros, los inviernos rudos
Que encharcaron la tierra,
No detuvieron los combates crueles
De aquella larga guerra.
Los dragones de Freire siempre fieles
Batallaban hambrientos i desnudos,
Sin fuerza los escuálidos corceles.

I cuando Benavides
Alzó otra vez el gótico pendon,
Juntando el héroe en un supremo esfuerzo
Un ciento de sus bravos adalides,
Venciólo en Curalí i en Concepcion.

I, surcando despues el oceano,
Ante las puertas de la vieja Ancud,
Fué a derribar con su potente mano
El último estandarte castellano
De los mares del sur.

Fué el final de la épica jornada
Que empezara en el Roble i Membrillar,
I no hai, en toda esa epopeya inmensa,
Talvez ningun sangriento batallar
En que no haya brillado el resplandor
De la invencible espada
De este heroico campeon.

ROMANCERO DEL MAR

LA PRIMERA HAZAÑA

LA PRIMERA HAZAÑA

De los cerros en la falda,
El pueblo contempla ansioso
Al Lautaro que va airoso
En busca de la Esmeralda.
El es la nave primera
De la marina insurgente,
Que ha de pelear frente a frente
Con una fragata ibera.
A su bordo alegres van,
A falta de marineros,
Los decididos fleteros
Del Puerto i del Almendral.
Cuando ámbos buques están
A la vista, de ardor llenos,
Lleva a sus bravos chilenos
Al asalto el capitán.

Luego a la fragata hispana
Le derriba de traves
Con la punta del baupres
El velámen del mesana.
I entre el confuso vaiven
De cuerdas i velas rotas,
Con veinticinco patriotas
Salta sobre el puente O'Brien.
En atrevida carrera,
Con la fuerza de una ola,
Barren la jente española
I hacen arriar la bandera.
Al ver la enseña bajar
Cree el Lautaro segura
La victoria i se apresura
Contra el Pezuela a cargar.
Los veinticinco la presa
Tienen por breves momentos;
Que hai en el buque trescientos
Repuestos de la sorpresa,
Que retornan hácia arriba
I ocupan de nuevo el puente.
O'Brien resuelto i valiente
Alza su cabeza altiva,

En alto la espada muestra
I grita con voz vibrante:
«¡Firme, amigos, adelante!
Que ya la fragata es nuestra».
I como leones fieros,
Luchan junto a los castillos
Con sus hachas i cuchillos
Los indomables fleteros.
Un tiro de una escotilla,
En el fragor del combate,
Sobre la cubierta abate
Al osado cabecilla.
Dura poco la matanza
I sucumben uno a uno
Sin entregarse ninguno;
I al ver que el Lautaro avanza
La fragata a recobrar,
Los últimos, con su pecho
Rompiendo el círculo estrecho,
Saltan por la borda al mar.

El Lautaro a la fragata
Combate otra vez presenta,

I su metralla revienta
Vengadora, incendia i mata.
En el litoral cercano
Los cañonazos retumban
I por las quebradas zumban
Hasta volver al oceano.
El viento sopla otra vez
I miéntras se va alejando
El buque hispano, llevando
El cuerpo del grande O'Brien,
Con su jente marinera
De laureles coronada,
Entra el Lautaro en la rada
A media asta la bandera.

BLANCO ENCALADA

BLANCO ENCALADA

Se llamaba Manuel Blanco
I fué marino español,
Paladin gallardo i franco.
De alma ardiente como el sol.
Aunque fué el suelo arjentino
Su hermosa tierra natal,
Cruzó los Andes i vino
A ser nuestro héroe del mar.
Con la misma bizarría
Con que empuñaba el timon,
En tierra el sable blandía
O manejaba un cañon.
Su romántica figura
Todo lo tuvo a la vez:
La sorpresa, la aventura,
La derrota i el laurel.

Hundiéronlo en negro encierro
Los enemigos, en vano:
No le abatió ni el destierro
Sobre un peñon de oceano.
En la luctuosa jornada
En que casi se ocultó
Por siempre en Cancha Rayada,
Entre sombras nuestro sol,
El salvó la batería
De sus temidos cañones
Con que mas tarde sabria
Destrozar los batallones
De Ordóñez, Morla i Osorio,
Cara a cara, a plena luz,
Ante el altar espiatorio
De los campos de Maipú.
Formó despues una csada
Escuadrilla nacional,
Que preparó a nuestra armada
El señorío del mar.
I al lanzarse en el oceano
Con su noble intrepidez,
Tomándose en Talcahuano
A la fragata Isabel,

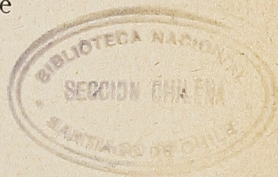
Cumpió su palabra dada
Que ha recojido la historia:
«En esta primer jornada
Comenzará nuestra gloria»
Estando aun embriagado
Con su reciente laurel,
Apénas hubo llegado
El gran almirante ingles,
Un sublime ejemplo dando,
Sus derechos renunció
I al bravo Cochrane el mando
Noblemente le entregó.
I aquel que en glorioso dia
Gran jefe de escuadra fué,
Tuvo la rara hidalguía
De ser soldado a su vez.
Desde entónces, desgraciado
O feliz, en paz o en guerra,
Fué su nombre respetado
Por el mar i por la tierra,
Como un símbolo de gloria
De valor i de lealtad
Grabado en la heroica historia
De nuestra armada triunfal.

LOS HALCONES

1870

LOS HALCONES

Las salvas entonan su alegre concierto
I cubre la jente los cerros del puerto,
Despléganse al viento las cándidas velas,
Dibujan las quillas las blancas estelas
I parten los buques; van en su desfile
En dulce esperanza las glorias de Chile,
Pequeña es la flota; la ola parlera
Apénas ha visto la jóven bandera.
El jefe es un niño, bisoña la jente;
Mas, fuertes de brazos, altivos de frente
Conocen ha tiempo del mar la braveza
I van como raudos halcones de presa,
Tendiendo los ojos por sobre la ola
En busca de un alba fragata española.



En triunfo hácia el puerto ya vuelven las naves
Como una bandada de marinas aves.
Se pueblan los cerros, con vivos clamores
Las jentes saludan a los vencedores:
Es Blanco que trae rendida tras él
La blanca gaviota María Isabel,
Seis barcos cautivos, soldados, cañones
Que al vuelo tomaron sus bravos halcones.
I al viento en la popa gallarda se ostenta
La enseña gloriosa rasgada i sangrienta,
La jóven bandera que desde ese día
Del mar de Balboa la reina seria.

COCHRANE

COCHRANE

Realizando cien hazañas
Siempre atrevidas i estrañas
Cruzó el palenque del mar
Este andante caballero
De las olas, noble i fiero,
Como los héroes de Osian.

Bajo su pálida frente
Su roja sangre caliente
Corria como un turbion,
I en su cabeza bullia
En toda su lozanía
El fuego de nuestro sol.

Rápidos sus pensamientos,
Ajiles sus movimientos
Llenos de fuerza i ardor,
Con su vista fina i cierta,
Semejaba en la cubierta
De su fragata un halcon.

Sus raudos golpes de mano
Asombraron al oceano,
I del navío frances
A la fragata española,
No habia sobre la ola
Quien le hiciera frente a él.

I cuando la Europa entera
La ronca trompa guerrera
Del Nuevo Mundo escuchó,
I allá en sus tronos lejanos
Temblar hizo a los tiranos
El despertar del leon,

Salvó los mares i vino
En alas de su destino
El egrejo capitán,
Que en su espada nos traía
Su renombre, su osadía,
Su culto a la libertad.

Con trescientas bayonetas,
Dos miserables goletas
I su arrojo sin igual,
Hizo su primer proeza,
Tomando la fortaleza
Mayor de América Austral.

Fué su segunda locura
Forzar la rada segura
Del Callao i abordar
La Esmeralda con sus leones,
Bajo los propios cañones
Del temido Fuerte Real.

I a la Prueba i la Venganza,
Ultima hispana esperanza,
Luego encerró en Guayaquil,
Tomó fragatas, corbetas,
Bergantines i goletas,
Ricas presas mas de mil.

Pasó como la tormenta
Que en los trópicos revienta
Con repentina esplosion;
I así como el huracan
Con sus iras limpia el mar.
El nuestros mares limpió.

I las naves españolas,
En son de guerra, estas olas
No volvieron a cruzar,
I el nombre del almirante
Vibró cual clarin sonante
Desde Ancud a Panamá.

VALDIVIA

VALDIVIA

Con la bandera española
Flotante al tope, se ven
Dos barquichuelos fondeados
En la Aguada del Ingles:
Cerrados sus portalones
I desierto su combes,
Inofensivos parecen
Bajeles de mercader.
De ellos uno es el Intrépido,
El Moctezuma el otro es:
Ambos traen los leones
De Cochrane i de Beauchef,
Son trescientos nada mas,
Que aguardan que se les dé
La señal para tomarse
Con su loca intrepidez,

Quince fuertes. cien cañones
Defendidos por la grei
De un millar de milicianos
I un rejimiento del Rei.

Frente a frente, amenazante,
De aquella costa guardian,
Con sus cañones ya listos,
El Fuerte Ingles allí está.
Desde a bordo se divisan
Sobre el alto pedestal
Sus murallones de piedra
Que nadie asaltó jamas.
Descubierto ya el ardid,
Se oye al fuerte disparar
I en los buques la bandera
De la patria se ve ondear.
Lánzase al bote el primero,
El almirante a guiar
A sus valientes marinos
En esa aventura audaz.
Luego, entre el humo i las balas,
Saltando a la orilla van

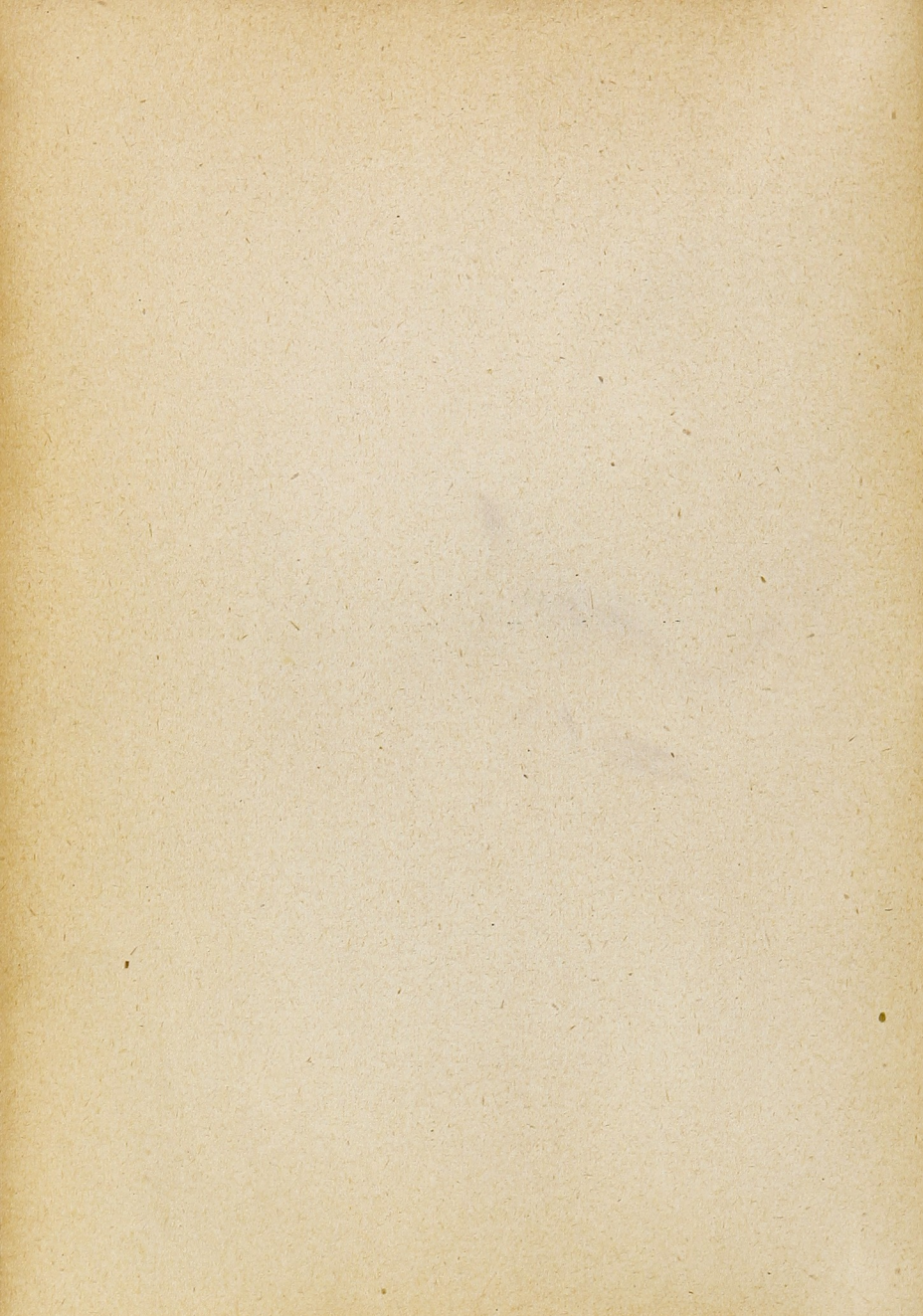
Con el agua a la cintura,
En alto el arma fatal,
Los bravos de esa epopeya
Que, a la luz crepuscular,
Agua i tierra miran mudos
Ante tanta heroicidad.
Como los cuervos marinos,
De sorpresa al escuchar
Los disparos, aleteando
Suben por el peñascal,
Entre gritos i alaridos
Las tropas vencidas van
A las murallas del fuerte
Su último asilo a buscar.
Está la noche cerrada,
Los trescientos listos ya,
Como los viejos titanes,
Un nuevo Olimpo a escalar.
I trepan por los peñascos
En la negra oscuridad,
Mientras brama arriba el fuerte
I ruje a sus piés el mar.
Nada detiene su empuje
Porque al frente de ellos van

Los primeros al asalto,
Beauchef, Miller i Vidal.
Luego salta las murallas
Aquella falanje audaz
Que brota, como un conjuro,
Desde el hondo barrancal.
Cae dentro del reducto
I en un momento no mas
Mata, revuelca i destroza
Como un hirviente raudal.
Enmudecen los cañones,
Se oyen mil hurras sonar
Que anuncian que el Fuerte Ingles
Está por la patria ya.

Muertos al pié de sus piezas
Los artilleros están,
I en tropel desordenado
Saltan fuera los demas.
I los fieros invasores
Van siguiéndolos detras
Tan cerca que juntos llegan
De otro castillo al umbral;
I confundidos penetran
Hasta el recinto central,

Donde la lucha sangrienta
Vuelve de nuevo a empezar.
Calla tambien luego el fuerte
I repercute hasta el mar
Un hurra que al Almirante
Anúnciale un triunfo mas.
Como un rebaño espantado,
Disperso por el breñal,
Seguido por la jauría
Que lo acosa sin cesar,
Llenando el bosque de gritos,
Locos los vencidos van
Echados de fuerte en fuerte
Al traves del litoral.
I cuando asoma la aurora,
En cada muro feudal,
De la patria la bandera
A los vientos se ve ondear.

LA ESMERALDA



LA ESMERALDA

Bajo la lumbre de las estrellas,
Van las chalupas sin dejar huellas
Sobre las olas negras del mar,
Llevan cien héroes que entre la sombra
Una locura que hasta hoi asombra
Llenos de arrojó van a intentar.

En la primera mas andadora,
El Almirante de pié en la prora
Va escudriñando la inmensidad.
Su pecho late con la entereza
Con que asaltara la fortaleza
No ha muchos dias en el Corral.

Allá en el fondo de la bahía
Que abre su rada vasta i sombría,
Como la boca de un leviatan,

Está la flota del enemigo,
Adormecida bajo el abrigo
De los cañones del Fuerte Real.

Llegan i paran bajo el coloso,
Cuyo contorno negro i borroso
Parece un monte mas que un bajel.
Solo en sus altas moles umbrías
Brillan las luces de los vijías
Mientras en sombra queda su pié.

Siguiendo el salto de su caudillo,
Entre los dientes preso el cuchillo
I con las hachas al cinturón,
Como los pumas por la agria falda,
Por los costados de la Esmeralda
La heroica tropa toda subió.

Dura segundos el abordaje:
Unos volando por el cordaje
Suben las velas a desatar;
Otros penetran por los castillos
I a golpes de hachas i de cuchillos,
La lucha a muerte comienza ya.

Medio desnudos i atropellados,
Salen de abajo los asaltados
Llenos de heroica resolucion,
La sangre corre bañando el puente;
Si es cada hispano fiero i valiente,
Cada chileno parece un leon.

Blandiendo un hacha, como un gigante
De los primeros el Almirante
Lleno de sangre peleando está.
I a la luz roja de los faroles
Al verlo creen los españoles
Que es algun monstruo que arrojó el mar.

De los disparos al estampido
Todos los buques han encendido
De luminarias un gran cordon.
Suenan los gritos i las bocinas,
I de los fuertes en las colinas
Su voz de alarma lanza el cañon.

Cesan los ruidos en el navío
Que a poco queda mudo i sombrío,
I en la penumbra los buques ven

Que por sus flancos casi rozando,
Como un fantasma que va pasando,
Entre las s6mbras cruza un bajel.

Es la Esmeralda que ya entregada
I silenciosa va remolcada,
Por una barca de su captor.
Tras de los buques se ha guarecido
Sin que los fuertes hayan podido
Cerrar los pasos al vencedor.

Cuando est1a fuera ya de la rada,
Suelta las velas en la llanada
I el buque corre como un corcel.
Brillan los fuegos de las se1ales
I se oyen gritos i hurras triunfales
Que hacen los mares estremecer.

RECEIVED
MAY 10 1900

10



